

PADRE NUESTRO

Padre nuestro que estás
en la altura profunda en que las almas
se encuentran siendo una con el Alma,
claro suene tu Nombre,
por el que el hijo advierte tu linaje,
niega el suyo de duelo y en ti nace.
Desvela aquí tu reino, vean todos,
donde abrimos los ojos temporales
a la madre en que fías tu cuidado,
que un amor infinito nos defiende.
Tu gobierno se cumpla y nuevamente
nos conceda al rendirnos la victoria
de acordarnos con él y vernos libres.
El pan de cada día danos hoy,
y danos el partirlo y compartirlo
sabiendo que no falta,
aunque todo en el mundo le faltase,
tu alimento al que en ti se siente humilde.
Perdónanos la ofensa de rogarte

que te abajes y obligues al perdón,
tú que sabes querer sin condiciones,
y pon tu corazón tan en el nuestro
que no quede un segundo para agravios
y sólo en más amar
y más agradecer hallemos deuda.
No nos dejes caer en la opinión;
mas líbranos del mal
y líbranos del bien, haznos tan simples
que la muerte no pueda
distinguirnos de ti, Padre viviente.

Querido Rafael:

qué hermosas las palabras que me mandas, chispas del misterio, flores de la inmersión. ¿A quién le cuentas esto?, sí, pero ¿cómo no contarlo cuando ESTO mismo se empeña en contarse y ser contado? Te he llamado estos días por teléfono para darte y un abrazo y ver cómo había ido ese verano, pero no te he localizado. Lo volveré a intentar. A mi se me ha venido encima la poesía como un arrebató, y tengo un libro nuevo, recién regalado. Este año querrá Dios que nos demos un abrazo en carne y alma, estoy seguro, y será otro obsequio a agradecer. Te pongo aquí un poema sobre la respiración que sé te será muy querido, respirador profundo, y otro con el que termina el libro nuevo. Un montón de abrazos de tu hermano.

RESPIRACIÓN

Respiración, primicia
de la vida intangible, vigor hondo
que pellizcas la piel y la conmueves,
suero de la pureza, hija sencilla
de la sabiduría, liana fiel
por la que baja a ciegas
el hombre de su abismo a respirarse
en este rico valle de los vientos,
emisaria real, no te atolondres,
y aunque vengas de allende, calma el paso,
cuéntanos tu secreto, tú que sabes
hablarnos como nadie, si te afinas,
de aquel que te gobierna y prende así
en el pecho sincero y lo levanta
donde ya no se cae.

Respiración, idioma de los ángeles,
viveza del silencio, escala franca
del alma al albo cielo universal,
ventana siempre limpia,
te haces verde en lo verde, en la montaña
pulmón grande y tranquilo,
porque todo respira por lo bajo
un mismo soplo cierto, un vaho celeste
con que a compás envuelves este mundo,
fuelle de la verdad.

Respiración desnuda,
sagrario donde el aire se hace espíritu
y vela nuestro sueño con la hoja
de su leal espada,
cúranos las heridas del cansancio,
enciende nuestro amor con tu jadeo,
y cuando prenda el fuego, la iracundia,
refresca, dama clara,
la cabeza tozuda, tú que eres
corola del sosiego,
condensación del bien,

decir del corazón.

SI ES LA NOCHE SERENA

Si es la noche serena, ésta que digo,
por encima de todo,
por encima del ser y del no ser,
si en ella están las noches y los días
-que la declaran sola- como un poco
de agua puesta al hervor
o un terrón puesto en agua,
¿cómo pueden los gallos de los mundos
fingir tal zapatiesta,
que no hay ya quien vislumbre
que es la noche serena, es lisonjera?

Si no hay otra señora
más que esta pura calma soberana
-pues fueron lo demás sueños de un día-,
¿no es cosa de alta magia
este grande alboroto del andarse
a pique de desdichas y lamentos?

Es la noche serena, mas lo es tanto
que nadie se da cuenta, y así gimen
los padres espectrales, los hermanos
aquellos que tuvimos en la niebla.

Debe el llanto seguir,
porque nadie lo llora y es la albada
que canta el gran silencio sin origen.
El que la escucha, muere,
y no hubo ya ni aquel que sostuviera
una nota doliente en el concierto
de la noche que digo silenciosa,
que no es clara ni oscura, que es más fina,
ni es tampoco serena, de tan suya,
la nuestra serenísima.

Si es la noche serena,

¿por quién voy a llorar, tan consolado
como ella me tiene entre pesares,
o quién me llorará que razón halle
para llorar de veras?

Si es siempre dulce el tuétano en la lágrima,
el llanto de los siglos se hace mieles
el día en que comprende el corazón
que es la noche señora, y que es serena.

Vicente Gallego

Mundo dentro del claro

*¿Por qué quien ama nunca
busca verdad, sino que busca dicha?*

*¿Cómo sin la verdad
puede existir la dicha? He aquí todo.*

Claudio Rodríguez

El verdadero vacío, la maravilla de las cosas.

Tradicción zen

MUNDO DENTRO DEL CLARO

A José López Martí

¿Quién ha visto este mundo,
que parece tan suyo, y tan antiguo,
sino a partir del claro, ese común
en que despierta el hombre a lo más puro
de su propio sentido en la mañana,
al alba de su ser, que es su entender,
donde se muestra luego
-y en qué otro emplazamiento se vería-
el derrame sin cuento de las cosas?

El mundo sin nosotros, sin aquello
que en nosotros no es mundo,
porque ve y no se ve,
porque sabe y no está entre lo sabido,
¿en qué mal desvarío, en qué manía
podría precedernos -dónde estaba-,
y así otro día darnos sepultura?

En el alma vacía, qué lozanos
se dibujan los cielos, cómo crecen
las flores inmortales, los trabajos
del hombre qué livianos,
los afectos brindados sin doblez.

Nada cuesta aclararse, y cuesta todo,
y todo adquiere luego el mismo precio,
que es tenerlo de balde,
que es sacarlo del vano y es ponerlo
a salvo en este claro del amor.

QUIEN LA ENCUENTRE

A David Pareja

Se hizo sin pensar:
me vi partiendo, al borde del camino,
la rama del hinojo.
Sabía de su anís, de su olor viejo,
y todo lo ignoraba de esa mantis
vegetal de amarillas floraciones
más allá de su nombre y de su efluvio.
Y fue al llevarme el corte verde al rostro
para aspirar la idea que tenía
de su aroma de antaño,
cuando perdí la cara a lo sabido.

¿Qué era entonces el mundo, este lugar
del que puede borrarnos
la fragancia violenta de un hinojo
al metérsenos dentro y así abrirnos?

Un trago a lo real di en un descuido
y los montes se irguieron como montes;
el cielo se hizo cielo; el hombre un ver
libre ya de su sombra bajo el sol.

¿Es que puede un arbusto
al borde del camino darle muerte,
sin quitarle la vida,
a un desprevenido
que nada pretendía sino olerlo?

Quien la encuentre, que parta
la rama de su hinojo.

LA LUNA EN LA MAÑANA

A José Luis Beaus y Gerardo Gil

Pues trabajo allá lejos,
tan cerca del dominio donde viven
las ardillas y el águila
-y mi gusto de verme así entre amigos,
los que saltan y vuelan-,
al alba y al ocaso
conduzco entre montañas, voy cerrando
la noche y abro el día.
La huelo, la persigo y la levanto,
la perdiz de la luz
para que anide arriba, o voy huyendo
de la voraz tiniebla, que me sigue
y devora las carnes
sangrantes de la tarde, y crece ciega.

Pero hoy se me quedó
-no pudieron pisarla cuatro ruedas-,
como se queda en alto en unos labios
el espectro del beso,
la luna en la mañana.

Aquí donde se da todo a la vista,
y no hay sino prodigios,
qué cosas no veremos
más altas todavía, aún más transparentes
que la luna calcándose en la hora
del azul luminoso, apenas blanca,
alma en calma prendida,
luna llena en el día encaramada.

CON EL HUESO

A Ada Salas

¿Se puede con el hueso del poema
-pelado del decir, servido en blanco-
convidar a su pulpa, darlo pleno?

Apaga mi hervidero,
descárname, palabra, y abre mundos.

EL ASUNTO

A Agustín Araque

Una esquirra del sol sobre la mesa.

El poleo se huele.
La cuchara
tintinea en la taza.

Cuando no cabe duda
sobre este vivo asunto,
en el cielo y la tierra
las nubes y las piedras se hacen pan.

BRISA FRESCA

A empaparme de ti, cosa suave,
a no entenderte nunca, a ser tu niño,

a no poder decir cuánto me dueles
con dolor que es pasión, que es hermosura;
a clavarme en tu hierro,
a tomarte la flor desaforada,
a eso sólo he venido,
brisa fresca en la noche de verano.

EN EL ABRAZO

A José Saborit

A la hora sofocante, cuando todo
jadeó en el abrazo exagerado,
tesonero del sol,
orinaba en el monte, me mecía
en un mundo de hervores.

En la grave canícula
humeante de agosto,
en su estridor de luces y revuelos,
sacudía la gota de amoníaco
embargado en tibiezas.

En esa pesantez, nada pesaba,
ni la flor, ni las almas, ni las piedras
en el bancal sonámbulo;
en esa irrealidad, qué bien plantados
el día y la materia,
el cielo y los estiércoles.

Entre cardos y espigas,
sobre el suelo rojizo, entre los oros
-pregonados de insectos zumbadores-
de las aguas terrestres,
sentir la mejoría más humilde,
mear así la gota de la dicha

en el centro del río
de la belleza en curso, en el océano
que fue todo de calma y de calambres.

AMADORAS

A Juan Arnau

Cómo tuestan su pan, que es el canto,
estas locas cigarras,
cómo son el verano sin quererlo.

Porque no dicen nada, a mediodía,
todo lo hablan bien claro.
Están enamoradas
y no saben de quién,
amadoras de veras, fe del mundo.

PASEO EN QUÉ LUGAR

A Manuel Ramírez, Manuel Borrás y Silvia Pratdesaba

Los chorros refrescantes de la luna
han ido a remansarse
sobre estos labrantíos de seco.
Entre piedras rendidas
y espigas soñadoras que bracean,
los pies de los olivos en sus aguas.

Por el sendero abajo
las estrellas se hunden en el monte;
la oscuridad del monte ha levantado
su pecho hasta las flamas.

¿Andar perdido aquí, sentirse solo?
Soledad y extravío, ¿me buscabais?

Me adentro en la bajante, halladme allí,
no sé ya si del cielo o de la tierra;
me bebo en la alta mar de negra luz
cantándome la carne anonadada,
y cuanto más me abismo, más me asomo.

MILENIOS

Esa nube que pasa, venidera,
los milenios del vino y del vinagre
-por venir y pasados-
que se han plegado aquí,
en el día de hoy donde no existen.

Todo está lleno y vivo de su nada.

ARTE POÉTICA

A Miguel Ángel Velasco

I.

Donde no vemos, ves,
y allí donde no vimos más que cosas,
tú atisbas de las cosas el gran lustre,
y al pronto lo señalas, verso raudo,
con un dedo de chispas, fogonero.

En esas manos tuyas,
dos se pliegan en uno y se acrecientan
por la gracia del tropo, sabe el cardo

que es la rosa de amor acuchillada,
y el que dice del mar nombra otra hondura.

Cuántas cosas modestas y escondidas
esperan todavía que las tomes
para auparlas y darlas a las gentes
con valor muy subido,
el que nadie sabía y tú les hallas.

La casa de la vida,
cómo quieres mostrárnosla de nuevas,
cómo haces domingo en sus estancias
y, abriendo sus ventanas a tus aires,
yo te he visto dejar
en la página tuya antes de irte
-en ese vaso limpio
que es el hombre escuchándote-
la flor de tu decir, la mejoría.

II.

En ningún vademécum hay prescrito
remedio para males como aquel
de la palabra justa, la que acierta
donde más duele y cura, la acuñada
de una vez para siempre,
aquella que se inflama como el fósforo
al contacto del alma, como el hombre
en el horno de barro, en su querer,
como estrella que da en el pedernal
de la noche y se enciende en las alturas.

Si en mi mano estuviera, qué otros aires
pulsarían mis cuerdas extendidas,
con qué delicadeza
sostendrían las pinzas del acento
las prendas de mi amor.

Aquí quedara el triste consolado
por la madre palabra,
aquí se viera libre el que obedece
a sus cuatro razones miserables,
aquí lo verdadero, aquí lo hermoso,
uniendo sus dos cuerpos
en el abrazo largo del poema,
en este blanco paño donde bordan
con el hilo del verso, entre los siglos,
los corazones nuestros el escudo
de la humana hermandad.

AL ALBA, A COGER AGUA

A Javier Lostalé

A este aljibe escondido
en este pueblo anclado entre los cerros
al que llaman El Oro,
venimos a por agua cuando el día
no puede todavía acompañarnos.

A coger agua vamos dos amigos.
Y ayer nos esperaba,
bebiendo entre sus manos agualuz,
un hombre con los años
de un olivo reviejo, con el lomo
tan doblado que hubieran
podido bendecirse en ese altar
el pan de cinco vidas y sus vinos.
Nos dio los buenos días
como ya no se usa, pues los daba
porque en sí los sentía y eran suyos.

Un alma como aquella,

toda puesta en los ojos,
tan magra y tan sencilla como el codo
que le vimos al viejo y parecía
ser cáscara de nuez,
¿dónde puede encontrarse?
Nos halló en lo apartado, dijo poco,
y para qué, si estábamos queriéndonos
junto al agua que canta de la fuente.

No he visto más ilustre inteligencia:
asida a su garrote,
se inclinó la bondad a coger agua
y nos llenó con nada, con mirarnos,
como sólo ella sabe de alegría.

DECIDME, SI PODÉIS

A Víctor Manuel Gallego

¿Y no os lo tengo dicho, gallinero
de vanos pensamientos, torpe ciencia,
guerra de pros y contras, de porqués,
que no contéis conmigo, que no habéis
de oír mis cacareos, que mi lengua
se la ha comido el gato,
que daros la razón uno por uno
cuesta poco y me libra de atenderos,
y allá os las apañéis con vuestros ruidos?

Decidme, si podéis,
cuatro cosas que quiero yo saber:
¿quién puso nombre al mar,
cómo fue que los cielos lo abrazaron;
y el que en él navegaba haciendo cuentas,
en qué puerto guardó vuestras alhajas?
Decidme dónde mora la alegría.

Qué poca cosa sois, y parecíais
muy altos caballeros.

EN TRABAJOS DE AMOR

A Mery Sales y Susana Monteagudo

Escucho la rondalla de los montes:
los pájaros nocturnos,
los insectos, las sierpes se dan cita.
Las canciones de amigo, las arengas,
de tantas criaturas invisibles
prenden fuego a las sombras.
Se rehúyen, se buscan,
oscuramente gozan y se hieren.

En trabajos de amor
andan siempre los simples,
en trabajos de amor
aunque se den la muerte.

INSCRIPCIÓN

Escrito está,
escrito está en los arcos
del gran puente de piedra:
Como ayer, como nunca,
y corra el agua.

TUMBADO BOCA ABAJO

Tumbado boca abajo sobre el césped,
se ha disuelto en la tierra mi estatura.
El viento bate el sol, lo espolvorea
en ráfagas ardientes;
se mete por mi espalda hasta fundirse
con el sol más profundo de la vida.
Todo se acuesta aquí, todo se ablanda
y se yergue nacido en su ternura.
Abro en cruz estos brazos,
se me llenan de mares y de hormigas,
rodean el planeta, y en las uñas,
entre el hueso y la carne,
donde junta la muerte turba oscura,
ha brotado la yema de la luz.

Un pájaro la pica y va en lo alto,
otro pájaro cae y la da a la tierra.

EN ESTE INSTANTE

A Juan Pablo Zapater

En este eterno instante
todo está comprendido, lo grueso, lo sutil,
de la cósmica noche y de su día.

Este instante no ha sido bautizado
ni en el agua que corre
ni en el fuego que quema, no se abraza
a ningún apellido para ser,
no tiene pretensión, porque posee
conocimiento pleno, no memoria
falaz de lo ocurrido, sino espacio
para albergar los hechos.

Todo aquí permanece
mientras se va borrando, pues no tiene
manera de esconderse del gran ojo
-aunque burle a los dos que parpadean-
del presente absoluto, que está vivo
y a todo vivifica.

Aquellos que murieron, en él viven;
los que habrán de nacer, hoy se marcharon,
y aquí están todavía, dando besos
a su primer amor,
besando ya sus labios fríos.

A UNA OLIVA PARTIDA

A José Luis Parra

A una oliva partida verde oscuro
me la quedé mirando,
y vi decapitado a un cocodrilo
del tamaño de un dedo, con su cola
reseca de ratón
pegada tras la nuca;
por su boca asomaba el cráneo ralo
no sé si de este mundo,
que intentaba tragarse, y no podía
tragar hueso tan duro el pobre muerto.

Mirar una aceituna trae estas cosas,
morderla nos amarga con gran gusto.
Entre aceite y vinagre había algo
así como una oliva.
Me la quedé mirando y vi la perla
de extrañeza insondable,
pero tenía un aire de familia.

TAN DE SUYO

A Raquel Lanseros

La gran proximidad, la lejanía
profunda en lo profundo,
el misterio impagable de las cosas,
lo que tienen los cielos tan de suyo,
eso mismo eres tú, mi deliciosa,
alma viva del tiempo.

EN ESA ALCOBA NUESTRA DEL CARIÑO

A Francisco Brines

Breve fue la visita -nos urgían-
en la clínica adusta, interminable
en esa alcoba nuestra del cariño.
Tiene allí toda pena
y toda duración prohibido el paso.

Ni me voy ni te quedas: no se sale
de allí donde no entra más que el alma.
Te has venido conmigo, estás oliendo
el jazmín que cantaste de tu infancia,
con delicada voz maestra mía,
en esta noche nuestra de verano;
la rosa de tus noches yo la huelo.
Contigo, aunque me vaya, me he quedado.

Dile al alba que vives,

que conmigo te vienes todavía
a decir de mil modos nuestro afecto.

Estos versos escribes, los desgrana
en mi boca tu boca, como ponen
mis manos en tus manos cuanto tengo,
y es sólo una alegría de quererte
que no me quitarán,
pues la llevo escondida en lo más claro.

(4-9-2010)

RESPIRACIÓN

A Pere Rovira y Francisco Díaz de Castro

Respiración, primicia
de la vida intangible, vigor hondo
que pellizcas la piel y la conmueves,
suero de la pureza, liana clara
por la que baja a ciegas
el hombre de su abismo y se acalora
en este rico valle de los vientos.

Te haces ritmo en la ola, en la montaña
pulmón grande y tranquilo,
porque todo lo envuelve la cadencia
con que a compás avivas este mundo,
fuelle de la verdad.

Respiración desnuda,
tú que velas el sueño con la hoja
de tu leal espada,
cúranos las heridas del cansancio,
enciende nuestro amor con tu jadeo,
y cuando prenda el fuego, la iracundia,
refresca, dama sabia,

la cabeza tozuda, tú que eres
corola del sosiego,
condensación del bien,
decir del corazón.

EL EVANGELIO DEL OLIVO

A Agustín Pérez Leal

Tantos años llevamos conversando,
olivo en la ribera de mi sueño,
desnudo evangelista sin tus hojas
ya difunto y en pie, mi olivo amigo.
Y vaya si dijiste lo que cumple
aprender de ti al hombre, pues callabas.

Me pareció, al principio,
que tu silencio ahondaba mi desvelo.
Lo oí como un zarpazo
rasgando el corazón, que te inquiría.

No lograba entenderte:
bajo lluvias o soles, siempre mudo
de no sé qué saberes o qué olvidos.
Recorrido de hormigas
lo mismo que mi alma, tú volabas
hacia dentro de ti, creciendo libre.
Mi alma se enredaba en sus afueras.

¿No responde por todos,
después del temporal y antes que el tiempo
insista en engañarnos,
el árbol del silencio sin principio?

Cómo ilustra tu trato,
cómo te haces saber a la callada,
árbol de mi jamás, siempre presente.

EL DESTELLO

A Susana Benet

¿Habéis visto a la avispa?
Esa no. La que digo
no la ven las ideas.
La mía fue un calambre
-el verano un tremor, sordo el oído-
del mirar sin escuela, refulgía.

Ni amarilla ni negra. Nada de eso.
No era todavía un ser pensado.
Antes, antes, entero y vivo,
un destello -la avispa-
prendió fuego a los mundos.

RECOGIMIENTO

A José Luis Martínez

Cuando miro hacia dentro,
a cada eterno instante,
cada vez que respiro, cuando vibro
recogido en lo mío plenamente,
cuando miro hacia dentro,
¿dónde están dentro y fuera?

Lo más profundo en mí
es también lo exterior, porque soy uno;
los huesos como el alma; y al perder,
lo mismo que al ganar, no les doy crédito;
mi muerte es vida adentro, y el pecado
la crin de mi pureza.

Mirad esta fatiga en que reposo,
y estos locos amores escondidos
como luz en la luz.

¿Veréis hasta qué punto son los vuestros?

ARTE MENOR

A Felipe Benítez Reyes

Juguetes de mi infancia,
hoy os ha recobrado
mi mirada aniñándose
en un puesto de feria.

Las cornetas marciales
de baratija gualda
con mangos colorados
y destempladas voces
como de abuela en misa
cantando las liturgias.

Bastones con el mango
de caramelo a rayas
y una rueda en la punta,
que hasta aquí me trajisteis
pareciendo que íbamos
con otros rumbos, otros.

Los algodones dulces,
barbas largas del párvulo.
Los carbones de pega
me guiñan sus cien ojos
prometiéndome placeres
también azucarados,
pero yo no los quiero,
que son la piedra pómez,

disfrazada de luto,
con que mamá ponía
su talón irredento
en penitencias duras.

Aún suenan las pesetas
que Navidad traía
a mis manos sin uñas.
Con ellas me ganaba,
como el que compra el cielo,
al rey de mis amores:
el rifle con su carga
de traca chispeante,
que mataba a mi hermano
y me daba la vida.

Nada habéis de temer
vosotros, mis humildes
compañeros de juegos,
del tiempo que la juega,
porque sois tan sencillos,
que sois casi inmortales
al no ser casi nada.

Esta tarde, en la feria,
cuánto arte menor
subiéndome a la luna
grandiosa de la infancia.

CANTÓ UN PÁJARO

A Mario Míguez

Mirando esta mañana la mañana,
¿qué miraba, qué vi?
Las flores matinales,
también las nubes negras
deshaciéndose al sol.

¿Qué liviandad traspasa
las cosas que se ven, que se me dan
todas juntas y en una,
y me dejan tan pobre como era
cuando aún no sabía de las cosas?

Ah, esta plena riqueza
de no haberme siquiera poseído,
de tenerlo por fin todo a la mano
y no hallar la manera de añadirle
un bien a mi tesoro.

Cantó un pájaro, oí
su decir claramente,
y en todo el universo sólo había
certeza y gratitud.

La flor, la nube negra.

EN LA NOCHE DEL MONTE, DOS AMIGOS

Con Félix De Llago Sanz

Cae el agua de la noche, el aire líquido
encendido de estrellas que entre estrellas
van hilando su luz deshilachada
en la media madeja de la luna.

Dos amigos se sientan a sus pies,
y entre ellos no cabe ni la carne;
así están de abrazados a ese adentro
de la sima del hombre,
mientras prende su fósforo y se oye
reptar la vía láctea.

No hay cómo compartir cuando se ama:
todo en uno respira,

todo es nada y se toma y va en la mano
de la suma abundancia.

Y vosotras, las blancas,
las hipnóticas luces de arcangélicos ojos,
¿os habéis asomado para ver
este íntimo acuerdo entre dos hombres
que no osan ya decirse una palabra?

Subid, luces altísimas,
hundíos en vosotras y abrid fondos
más allá de las formas, más arriba;
sentaos a la altura
de la humana amistad si sois sinceras.

ESCORPIÓN

A Jesús Aguado

Escorpión, alacrán también te llaman,
pues te ha visto el idioma entre lo agudo.
Inyector de temores, disgustado
pariente del crustáceo en estos mares
de viento y secarral donde apareces
a orillas del mirar, ¿qué sueño sueñas?

Sueño tiene que ser profundo y suave,
porque te llevarán en procesión,
como a un candelabro,
un día las hormigas y lo ignoras.

¿Es que andas siempre tú sin compañía,
o es que vas enviudando a cada instante
de tan entimismado como vives?

Pero a mí no me engaña tu agujón:
tú buscas tus ternuras como todos,

perseguidor de afectos entre piedras,
aunque te haga la furia de tu beso
señor de soledades.

Las tenazas levantas, pesaroso,
como el que ofrece flores
y no sabe a quién darlas,
y se secan,
porque nadie las quiere.

LOS ASOMBROS A MILES

A Sandro Luna

Los asombros a miles, felicísimos,
la sorpresa del pan, el regodeo
en la harina del mundo, en su blancura,
que nos hace tan ricos en el pasmo.
Esa lluvia no cae sino en la niña
más niña de los ojos.

Del río transparente de los bienes,
de estas aguas tan limpias, refrescantes,
lavándonos el oro de la vida,
no aciertan a beber las opiniones.

Los pájaros comunes, siempre raros,
difíciles de ver por ser tan nuestros,
y los apartadizos
señores de los cielos, evidentes,
el estupor de altura y el más alto,
todos cantan a una
los asombros a miles, concertados
en el arte sin más de trastocar
la expectativa vieja,
y estiran con los picos,
y se llevan arriba
la migaja del mundo.

EL AIRE EN QUE REPOSO

A Blanca Andreu

Este aire que respiro,
¿quién me lo hace tan leve, quién le quita
los flecos que su capa
llevaba de rastrojos y zarzales?
Este aire ya no arrastra a los que fui
ni carga con aquellos
que aún debiera ser, no se enajena.
Con mano cuidadosa lo sacuden;
una madre lo lava y, al plancharlo,
le borda sus perfumes.

Que todo está en el aire, que no dura,
es algo que se dice en cualquier corro
con la boca pequeña y no se cree,
pues si pudiera verse hasta qué extremo
van de paso las cosas,
¿cuál sería capaz de desairarnos?

Es tan cierto este aire, tan cabal,
que no alberga promesas,
porque las vio cumplidas y eran nada.

PUESTO DE MEJILLONES (VALENCIA, POBLADOS MARÍTIMOS)

A Eloy Sánchez Rosillo

Verano, ahora te veo enteramente,
estás sobre la mesa que a la puerta
de su casa dispone el pescador,

al lado de los platos
de bronce y de las pesas
de una vieja balanza, entre limones,
donde chispea el fresco cargamento:
mejillones miniados
por las barbas rubiáceas de la mar.

Negra luz en racimo de mi infancia,
ojos ciegos rasgados
que mi abuelo compraba por un duro,
dejad que os frote hoy, dejad que os lave
la sal con agua dulce para oír
el murmullo rugoso de esos surcos
donde quedó grabada
la canción misteriosa del azul.

De vuestra boca espero, cuando bulla
puesta al fuego en sincera confesión,
tan sólo lo que espero de la vida:
respirarme en vapores aromáticos,
que con el pan y el vino
y unas gotas de aceite hacen del hombre
un mar de plenitud.

A CIELO ABIERTO

A Fernando Delgado

¿Qué es este escándalo inaudible,
este clamor de frondas y de arroyos,
de piedras que dormitan su desvelo
en el cuarto sin muros de la tarde?

Todo el recogimiento de los claustros
restalla y silba ahora a cielo abierto
entre una luz caliza
que se va desmigando como el pan.
Este bocado de gorriones,

que no merece el alma,
el alma lo pelea y lo arrebatata al paso.

Os he dejado aquí la mesa puesta.
Sobre el blanco mantel tenéis cubierto.

CANCIÓN DEL AMOR CIEGO

Cómo me has acallado,
cómo cantas en mí,
¿y te diré mi amor
si no tengo a quién darte,
si por ninguno miras
porque a todos los ves
en tu abrazo nacidos?

No te sé comprender,
pues de nada estás hecho
y entero te levantas.

Y te diré mi amor,
y seguirás oscuro.

EN LOS CHARCOS DEL RAL

A César Gallego y sus secuaces

En las hoyas que forma, alabeándose,
el gran desfiladero,
las aguas de la lluvia se remansan,
y un fugaz bordoneo de libélulas,
eurekas de los juncos pensadores,
las mantienen despiertas escuchando
filosofías súbitas, lirismos.

Hasta esta duermevela de lo verde,
en pleno mediodía, a darle guerra,
con la tropa menuda hemos llegado,

porque algo habrá que hacer por los pequeños.
Unos cuantos padrazos, en comanda,
los trajimos al monte a consentirlos,
a verlos ensancharse, y a ensancharnos.
Soltamos a los nuestros,
que ya no se tenían con dos pies,
pues les faltaban cuatro para darse
a la fuga de ancianos precavidos,
y se llenó de pájaros el suelo.

Trepaban a las peñas, pies desnudos,
para asombro de cabras bien calzadas;
subían tan arriba, que el estómago
se nos iba con ellos a los seis
vigilantes del viento levantisco.
Uno a uno se echaban a las pozas,
a remover el credo de las aguas
con los más poderosos argumentos.
Sin más paracaídas que los gritos
que daba la alegría por sus bocas,
saltaban desde allí donde las madres
ni dormidas lo hubieran tolerado.

Que no se lo diríamos a ellas
nos hacían jurar solemnemente,
los pájaros de cuenta,
y tiempo les faltó para contárselo.
Os dijeron, dijimos en apoyo
de la gran aventura, amigas mías,
pero nunca sabréis, ni lo sabremos,
qué fue lo que ardió allí, qué fuego vivo.

OJOS LIMPIOS

A Rodrigo Carrera Redondo

Ojos limpios, oís
la silenciosa música, el secreto
de la vida en su arte, leve y una,
hacéis del mundo nube en día claro,
de la simpleza ley, del alma olvido.

TRAS UNA RELECTURA DE LA ILÍADA

A José Lage

Como el buitre y el cuervo
se meten por el ojo y lo hacen suyo,
así se me ha metido esta belleza
por el oído adentro y me ha ganado
para su altiva causa,
que es el verse en el hambre y en el ágape
de los desheredados.

La vaina de lo cruel: el grano de lo suave.
Y dando tantas vueltas,
¿a quién el hado da y no lo despoja?
Tiene una espada larga la justicia
que al final pone orden,
que reduce a cenizas los tropeles,
y le da a nadie nada, y a ninguno
regala las riquezas, los honores.

Por encima del bronce, en la alta noche,
un herraje de astros refulgentes
apunta la blandura en que terminan
lo que fueron metales,
botines y dominios.

Un instante han cantado, combativos,

los gallos en la aurora,
y su rosa los duerme.

GRATITUD, BONDAD SUMA

A Antonio Moreno

¿Qué loca bobería, qué invencible
debilidad es ésta de tomar
en ti todas las cosas, bondad suma,
como si nada hubiera más que tú?

Desde que tú me hallaste
-y fue al quedarte a solas tú contigo-,
he venido buscando,
como el que busca el agua que lo lava,
un modo de cantar cómo te debe
mi alma sin mi alma este contento
que nada espera ya de regalías
y otras aves de paso,
porque se basta y crece en tu verdad.

Reconocido estoy y, sin embargo,
para darte las gracias, qué insincero
habría yo de ser -no lo permitas-
haciéndome pasar por un cualquiera
donde sólo tú eres realmente,
si has de ser verdadera, gratitud.

CAMPANAS

A Antonio Cabrera

Campanas de la tarde, habéis deshecho
el tiempo de un preciso aldabonazo,
y os arregláis las faldas floreadas

de infinitos volantes en el eco infinito.

¿En qué lugar se os oye,
que sois la lejanía y sois lo propio?
Vuestro cuándo, ¿cuándo,
a qué profundidad quedáis doblando?

NOCTURNO

A Javier García de Andoin

En el pecho sufrido de la noche,
la plata del lucero.

¡Haber amado yo, qué gran misterio,
haber sido el amor y no ser nada!

Toda esta lejanía de la hora
se ha agolpado en mi carne.

Tremolas de evidencia, noche oscura.
Negra perplejidad,
en ti me doy a luz y vivo ciego.

PARA OFRECER LA ROSA

A Rafael Redondo

I.

¿Quién eres tú, quién eres,
que sin poder quererlo ni evitarlo
encontraste las órbitas y cifras
en la luz que halla cuerpo y se hace mundo:
los mares, sus honduras, y a mayor

profundidad aún el alma humana,
donde no hace pie el hombre, si es veraz,
y queda así en su bien más asentado.

Te adelantaste a todos, y en la noche
de nuestra inexistencia
dijiste la palabra en la que vibra
tu silencio mejor vuelto universo;
y se hizo la pregunta,
que es su sola sustancia y su medida,
nuestra carne, pues vio sus menesteres
y anheló libertad. ¿Quién eres tú?

Garante del misterio
donde beben las piedras contundencia,
su aquel la suavidad, donde la duda
es al tiempo certeza inabarcable,
donde es vida la vida porque pasa,
y es soltera la muerte, y viste santos,
porque se ve venir y nunca llega
a encontrarse con nadie.
¿Cómo así, cómo todo, y cómo tú
que de todo te escapas y no estás
en ninguna y estás en cualquier parte?

En ti quedó ofrecida, por detrás
del último porqué, la flor originaria,
la primicia del ser, nuestra conciencia,
y basta con tomarla
desnuda como es y cesa el ansia
de recoger más flores, pues florecen
de una vez y son una en su relámpago.
¿Pero quién eres tú, que así te das
en la forma más pura, que es espíritu,
y quedas inocente de esa mácula?

¿Quién eres tú, quién eres,
que no hay modo de ser sin rebajarte,
y a su manera todos te enaltecen?
II.

Déjame distinguirme, verdad sola,
sin moverme de ti, para que quepa
en tu sueño mi nada vuelta en luz,
y esta sabiduría que es saberte
porque sé que te ignoro
en tu primera y última morada,
y este gozo más bajo que es amarte,
con los sentidos todos,
en la piel de los días consumida
por un viento de arrullo,
y en el humo apretado de los huesos.

Qué destino vibrante, qué callado,
el del hombre sincero y su verdad,
qué dos idénticos,
pues si la encuentra, se separa y miente,
y miente con decir que no la ha hallado.

III.

Vas cambiando de manos
bajo mil apariencias, mil aromas,
y con todos te quedas,
pero ninguno logra en ti quedarse.

Para ofrecer la rosa, por tomarla,
se viene aquí con gusto entre otras flores.

¿A cuál de entre mis novias no te di
cuando hacía promesas, qué otro ajuar
me obsequió nunca nadie?

La ignota que a sí misma, entenebrada,
se da en sombra y en luz y no se alumbra.

Para ofrecer la rosa, rosa sola.

EL MAR MÍO, LA MAR

A Teresa Garbí

Cómo sabe escucharte el castellano,
bailándote los géneros,
cuando canta la mar y teme al mar.

Mi bravo más querido, padre fuerte,
mi querida extensión de azul materno,
tú nunca estarás lejos, que te traen
las olas en volandas del idioma,
que te huelo mejor, mejor te sé,
cuando en las cuencas limpias de sus manos
me ofrece tus espumas indecibles.

Yo tengo siempre un pie,
porque nací a tu orilla,
metido en tus abismos y otro anda
por tu descalza arena, y con los dos,
por más que galopase en sequedades,
no podría apartarme
de tu corriente amiga, amigo antiguo,
como no se despega de ti el cielo,
la palabra del gusto por lo dicho,
cielo mío en el suelo,
alma mía en la mar.

MIGUEL ÁNGEL VELASCO EN SU CENTRO Y EN SU HIMNO

Sentados bajo el manto cristalino
de tu gran padre el ácido,
junto al fuego de Jávea, en la alta brasa
de la pura amistad estamos hoy,
riéndonos del mundo y de lo nuestro
con esa risa tuya que era aurora
y huracán de las risas, vida a coro.

Aquí tus damas bellas:
Consuelo la primera, madre azul
de tus azules ojos planetarios,
Angelika, Isabel, nuestras amigas,
que a ti te prefirieron;
y los varones todos, tus hermanos
de afecto umbilical, un solo ombligo.

Lo que te debe en mí la gratitud,
¿en qué largo tratado
podré nunca ponerlo por escrito?
Me enseñaste a querer los minerales:
"¡Míralos, si están vivos!", me invitabas,
y Catón asentía, grande y manso,
tu eterno perro nuestro, compañero.
Recogías el hongo de la tierra,
la madera fragante, el amonites;
de la mar, la gorgonia; de la luna,
la pureza en el duelo;
del cielo un hilo en copo,
que hallaban en tu templo devoción,
humanidad y voz, alma en tu canto.

Aquiles de las crenchas rubicundas
cuando a guerra llamaban los placeres;
Cristo muerto de Holbein -que en tu casa
tenías a la vista, siempre expuesto-
cuando la vida echaba, legionaria,

tu pobre manto a suertes más oscuras.
Torbellino, espiral y cataclismo
encontraron en ti su cuerpo entero;
el temple su hijo raro, pues templabas
con el exceso el gris, y hasta el azul,
para que fuera azul ultramarino.
Con menos que lo más no hiciste migas,
ni quisiste saber de la tibieza,
y yo te aplaudo el gusto, mi almirante
montado en el relámpago
de la humana pasión, firme en la altura.

EN EL DÍA DE HOY

A Enrique Ocaña

En el día de hoy,
cuando no hallo razón ni ley y cumplo
como cumple al seguir su cauce el agua,
¿quién me acoge tan cierto y me hace vivo?

De tanto que la vida en mí se goza,
el placer y el dolor se han abrazado:
los buitres me acarician,
las flores me desgarran.

Todo ha llegado a mí, a dejarme ciego,
y ahora veo sin ver donde el delirio
pone casa de amor y se hace cuerdo.

ENTRE AÑILES Y PLATAS

A José Rubio

Entre añiles y platas,
la aurora, la doncella,
el jabón
de la casa del mundo
baldea el firmamento, el patio oscuro
de la noche terrestre;
deja charcos de luz, aguas del día
que se esparcen y juntan, espumosas,
buscando ser un mar de claridades.

Lo que se ve, se huele:
las agujas del pino, los vapores
que la tierra susurra, los suspiros
verdiazules, balsámicos,
de romeros y salvias,
mientras rompen los pájaros el vidrio,
el silencio del monte.

¿A quién no le haces ver, divina aurora,
que es él el más hermoso
porque al mirarse en ti te está encarnando?
Hasta el austero sol te busca y muerde
los rosados pezones, la violeta
de tus labios abiertos,
que lame con sus lenguas amarillas.

Violeta y rosa, azules y granates,
entre añiles y platas en la altura.
Quién dirá, si ojos tiene,
quién dirá que los cielos no nos salvan.

ES LA NOCHE SERENA

A Mónica Cavallé

Es la noche serena, ésta que digo,
por encima de todo,
por encima del ser y del no ser.
Esta noche es tan suya, tan secreta,
la nuestra serenísima, delgada,
que no hay cómo decirla entre nosotros
sin que parezca ajena.

No existe otra señora
más que esta viva calma soberana,
pues fueron lo demás sueños tan sólo,
y en ella están las noches y los días
como un buche de agua puesto al fuego
o un terrón puesto en agua.

Esta noche que digo, silenciosa,
anida entre los mundos, los concierto;
es la esponja que embebe sus vinagres,
y es la cruz abisal donde la vida
se entrega a su raíz y se consume.

Si es siempre dulce el tuétano en la lágrima,
el llanto de los siglos se hace mieles
el día que comprende el corazón
que es la noche señora, y que es serena.

DESPRENDIMIENTO

A Ángel Vila Martínez

Desprendimiento, padre
de toda pertenencia verdadera,
devuelve a tu raíz la hoja del mundo;
que el hacer y el tomar,
en tu regazo,
sean hoy plena calma y abandono.
La esclavitud en ti es la libertad
que el hombre busca ciego en sus disputas.

Carta blanca, sazón
sin un grano de sal, que no se tarde
a probarte ninguno, probador
de lo que nadie cree: su ser entero.

Desprendimiento, padre
del hombre en su perfecto señorío,
pues vences declinando tu interés
y al rendirte acentúas tu alegría,
asoma tu ojo sabio a nuestras cuencas,
y haciendo aquí morada, danos techo.

Nadie sabe de ti si en ti no muere.

Tu hermosura no ven, de tan he

CUMPLIMIENTO

Así has llegado a ser, dura en tu luz,
desnuda y seca, seca
como la misma muerte,
como la muerte entera, mi alegría.